**Desarrollo de la atención**

El niño, desde sus primeros días de vida, recibe multitud de estímulos que provienen del medio a través de los sentidos. La atención involuntaria comienza a desarrollarse en las primeras semanas de vida, poco después de que aparezcan el reflejo de orientación y la capacidad orientadora (Londoño, 2009). Paulatinamente irá mostrando su interés en relación a los objetos que le rodean y a las acciones realizadas con ellos. En la etapa infantil, comienza a dominar la atención voluntaria; en parte, gracias a la acción mediadora del adulto quien orienta, organiza y dirige la atención del niño a través de actividades y acciones que le sean llamativas. Por ello, las fuentes de la atención voluntaria son propiciadas por la acción del adulto, sobre todo a través del juego y las actividades propuestas, fomentando que mantenga la atención a un buen nivel  (Ruíz, 2013).

Cuando los niños son pequeños les resulta difícil concentrarse mucho tiempo en una actividad, y más si ésta es monótona y poco atractiva; por ello, pocas veces logran ocuparse de una misma tarea durante un tiempo prolongado. Poco a poco, aumentarán el tiempo de su interés por algo (mantendrá su atención mientras no decaiga su interés) y dirigirán su atención hacia el objeto de su interés, a guiarla conscientemente y a mantenerla dirigida hacia el centro de su atención, siendo ésta cada vez más concentrada y estable. El niño llegará con posterioridad a guiar la atención por sí mismo.

En el segundo año de vida, la atención se hace más selectiva. Los niños de 3 y 4 años pueden jugar a un mismo juego durante 30 o 50 minutos, mientras que a los 5 o 6  años la duración del juego aumenta hasta hora y media. Esto es debido a que en el juego se reflejan las relaciones e interrelaciones más complejas entre las personas, y el interés hacia él se manifiesta en la constante introducción de situaciones nuevas. El niño va aumentando su nivel de atención, sobre todo cuando observa láminas ilustradas, escucha cuentos, etc. De esta manera, el tiempo de permanencia en la contemplación de una lámina aumenta mucho al final de la etapa infantil. Pero un niño de seis años no sólo permanece más tiempo que uno de tres sobre una lámina sino que la capta mejor, destacando más detalles en ella.

A lo largo de la infancia aumenta notablemente el uso del lenguaje para organizar la atención. Al principio, los adultos organizan la atención del niño mediante indicaciones verbales, recordatorios y explicaciones. Más tarde, el niño comienza por sí solo a denominar verbalmente los objetos y fenómenos sobre los que debe prestar atención para lograr el resultado deseado. Esto se manifiesta, por ejemplo, por el hecho de que a la hora de cumplir las tareas siguiendo las instrucciones del adulto, los niños de 5 a 6 años se ponen de acuerdo en lo que van a hacer con una frecuencia diez o doce veces mayor que los niños de 4 a 5 años. De este modo, la atención voluntaria se forma a lo largo de la etapa infantil en relación con el aumento general del papel del lenguaje en la regulación de la conducta del niño. A medida que se desarrolla la función planificadora del lenguaje, el niño es capaz de organizar previamente su atención en relación a las condiciones de la actividad a realizar, expresar verbalmente hacia qué se debe orientar (Bruna et al., 2011). El lenguaje, pues, juega un papel fundamental en el desarrollo de la atención, algo a tener en cuenta cuando se analice el desarrollo de la atención en el niño con **síndrome de Down.**

En síntesis, la primera infancia se caracteriza por una mayor elaboración de las conductas sensoriales y motoras, con un importante incremento en la capacidad de respuesta del niño respecto a los estímulos del medio ambiente (Londoño, 2009). La segunda infancia (entre los 6 y 12 años) y la adolescencia (entre los 12 y 18 años) se caracterizan por el desarrollo de funciones cognitivas cada vez más complejas  (Roselli y Ardila, 1997). Por tanto, la atención se desarrolla durante la infancia y adolescencia, se dirige hacia estímulos relevantes y se hace cada vez más flexible (Téllez, 2002). A su vez, las habilidades cognitivas maduran y se vuelven más eficientes siendo el lenguaje el principal regulador de la atención cuando el niño es mayor ya que organiza la atención (Ruíz, 2013) y  la motivación incide sobre la dirección y la estabilidad de la atención.